

El Sr. Jimenez ha muerto, pero dejándonos un legado que debemos apresurarnos á recoger: «La ciencia para las Academias, y la Sociedad Filoiátrica para sus socios.»

Se saben los conocimientos profundos del Sr. Jimenez sobre Historia Natural, y lo que abarcaba su inteligencia sobre la Medicina; pero se ignoran sus trabajos en nuestra Sociedad.

«Ciencia y caridad.» Empresa bastante árdua; pero confesemos con orgullo que supe realizarla.

Los hechos nos demuestran que nunca se apagó en su mente esa llama vivificadora que derramaba la caridad bendita y la ciencia que eleva y ennoblece.

El Sr. Jimenez no solamente presidia nuestra Sociedad, sino que fué el amigo indulgente de todos los alumnos de la Escuela de Medicina, y las personas que se encontraron en los momentos supremos de la miseria ó de la muerte, hallaron al padre que consuela y que cumple con los deberes sagrados de la humanidad.

Los alumnos socorridos y las familias de los que ya no existen, deben tener en su corazon un santuario para el que fué bastante noble para impartirles un socorro ó para encontrarles un pedazo de tierra en donde reposar.—DICE.

J. RAMIREZ.



POR LA ACADEMIA DE MEDICINA.

SEÑORES:

HÚMEDOS aún nuestros ojos por las lágrimas que nos arrancara la pérdida nunca bien sentida de nuestro malogrado compañero Francisco Brassetti, la implacable muerte viene á herirnos de nuevo, arrebatando de nuestro lado á uno de nuestros más laboriosos y estimables colegas, al Sr. D. Lauro Jimenez, cuyo entusiasmo por el progreso de las ciencias médicas en México solo puede comprender quien haya visto de

cerca su dedicacion al trabajo, su ahinco en el estudio y su interés por los adelantos de la juventud: tan nobles prendas, y en tan alto grado poseidas, le condujeron á la adquisicion de vastos conocimientos, conquistándole merecidas honras, tanto en su patria como en el extranjero.

La Academia de Medicina de México acaba de perder su apóstol más ferviente, su más firme sostén. A su empeñosa solicitud debemos el ser conocidos de las principales Sociedades médicas de Europa. De la fecunda é infatigable inteligencia de nuestro amado Presidente brotaron mil recursos para que nuestra Sociedad no desmayara en los trabajos, ni viniese á morir asfixiada por esta atmósfera de egoismo y aislamiento intelectual que desgraciadamente nos envuelve.

El Sr. Jimenez era el tipo del académico. Aquel saber, aquella asiduidad en las labores que á su cargo tenia; aquel su carácter afable y cortés le habian granjeado la estimacion y el respeto de sus hõys desolados compañeros.

Es creencia vulgar, y no poco extendida, que el estudio de la Medicina conduce al materialismo; y como de éste al ateismo no hay más que un paso, conclúyese groseramente que el médico tiene que ser ateo. ¡Juicio odioso y estúpido! ¿No es el objeto de nuestros estudios la observacion de la naturaleza? ¿No la estudiamos dia á dia en su obra más perfecta? ¿Cómo desconocer á su Autor? ¿Cómo dudar de su existencia? La observacion atenta de las obras de la creacion, esa armonía admirable entre la organizacion de un sér y el fin para que ha sido destinado, levantan el espíritu hasta el Creador, llenando el alma de admiracion por su Sabiduría, de adoracion por su Omnipotencia, de gratitud por su Bondad.

En esta época de soberbia científica, en que solo se admite lo que *positivamente* puede demostrarse, se ridiculizan y censuran ciertas creencias tan santas como consoladoras, solo porque nuestra limitada razon, que tantas otras cosas desconoce, no puede alcanzar sus fundamentos. Enorgullecidos con la posesion de unas cuantas verdades reveladas por la ciencia, pretendemos llegar con el ojo miope de la razon á las regiones infinitas del sentimiento.

El médico, que en los estudios tropieza á cada paso con un misterio; el médico, que á cada paso ha menester una teoría, si ha de explicar multitud de fenómenos que á su observacion se presentan; el médico no puede ni debe ensoberbecerse; y si las teorías que nos satisfacen las forjó la razon, y la misma razon puede destruirlas, ¿por qué desechar creencias cuyas pruebas sentimos dentro de nosotros mismos, á despecho del frio y severo raciocinio?

La ciencia no nos enseña todavía lo que es la vida, mientras el sentimiento nos ha dicho ya, nos está diciendo lo que es la muerte. Del seno mismo de ese cadáver se alza una voz que grita: aquí había *algo* que ya no está aquí.

A ese *algo*, Señores, vinimos á rendir nuestros postreros homenajes, por ese *algo* se llenan de lágrimas nuestros ojos; ese *algo*, finalmente, no es la materia, no es ese cadáver, es el espíritu que se ha elevado á Dios.

La Academia de Medicina de México, al lamentar la pérdida de su digno Presidente, honrará su memoria imitando su afición al estudio, su anhelo por el progreso de la ciencia y su amor por los estudiantes de Medicina.—HE DICHO.

México 29 de Abril de 1875.

J. M. BANDERA.

El Sr. Alcaráz pronunció un discurso á nombre de la Sociedad de Historia Natural, que no hemos podido aún conseguir para darlo á la prensa. En él se hizo el elogio del hombre honrado, del médico, del naturalista y del filántropo, realzando las virtudes del Sr. Jimenez, y tributando un elogio merecido á su memoria.

